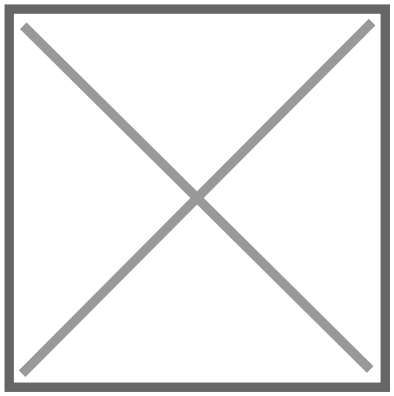

14/REPORTAJES

MARTES PARA TODOS

EL MERCURIO, Martes 24 de enero de 1989

Alberto Romero hizo méritos pero no tuvo el Premio Nacional

Apuntes sobre el Gran Olvidado

RODOLFO GARCES GUZMAN

"Ajeno a los codazos y empellones", olvidado de los cenáculos, desde el escritorio, ante el ventanal, miraba como verdeaba el follaje. A través de techos de edificios y una nube de brumas, un trozo azul e infinito de mar.

Alberto Romero vivía entonces en una casa de Traslaviña Alto, en Viña del Mar. Estaba enfermo: hipotiroidismo. "Descubrieron la enfermedad después de andar con ella a cuestas ocho años. Me obligó a dejar de escribir".

—¿No ha ensayado dictar?

—Algún día lo haré: tengo una grabadora. Pero no me gusta, porque es más fría que la pluma...

La verdad es que permaneció en silencio, acaso reflexionando. El menos entusiasta de los críticos tendría que reconocer que tenía obra suficiente. El que fuera, al comienzo, su más duro fustigador, Januario Espinoza, reconoció, al aparecer "La viuda del conventillo", editada en Buenos Aires: "Virginio Arias esculpió el monumento al Roto Chileno en la Plaza Yungay. Alberto Romero ha hecho en este libro el monumento a la Rota Chilena".

—Creo que la culpa fue de la vieja casona de los míos, ubicada en calle Santo Domingo esquina de Teatinos, que fue de mi bisabuelo don Nicolás Albano y que, a pesar de formar parte de un sector señorial, deslindaba, a poco andar, con un barrio alucinante y tenebroso. Yo tenía nueve años y había estado muy enfermo. El edificio tenía gran cantidad de ventanas. Algunas daban a la calle Teatinos. Por ellas observaba, cada día, un desfile tenebroso, rumbo a San Pablo, dos cuadras distante, donde estaban la Tercera y Cuarta Comisaría; más allá estaba la Sección de Seguridad, y al lado derecho, la Morgue. Algún criado me llevó, más de una vez, en tétrica excursión a este último lugar, donde los cadáveres estaban tendidos, con gotas de agua que les caían sobre la frente y el estómago, tal vez la única fórmula de conservación mediana para la época. Los presos desfilaban, en gran número, apegualados a los caballos de los policías azules; entonces no había carabineros. Pasaban entre doscientos cincuenta y trescientos detenidos por día. Y yo me preguntaba: "¿Qué hicieron? ¿Qué les va a pasar? ¿Por qué llegaron a ser malos? Y sentía deseos de escribir las respuestas cuando las supiera, si es que llegaba a conocerlas...

Fumaba mucho. Y tosía. Entonces agregó:

—El otro mundo, el interior, era bien diferente. Mi casa era visitada por gente muy ilustre. Abrí los ojos viendo a los amigos y compañeros de mi padre: don Ramón Barros Luco, don Germán Riesco, don Juan Luis Sanfuentes. Como verá, algunas bandas presidenciales.

De un viejo álbum extrajo fotografías. Mostró personajes departiendo con sus mayores: entre ellos José Toribio Medina. Señalando un coche "vis a vis", dijo:

—En este carruaje nos veníamos a Viña del Mar. En la calle Victoria, hoy Avenida Pedro Montt, estaba la que fue nuestra casa. Viña en esa era muy reducida. En Miraflores había baños de hombres y de mujeres por separado. Los más audaces usaban anteojos de teatro para ayudar a las damas a lo lejos: ellas se acercaban al mar con largos trajes y pantalones hasta el tobillo...

"Las bombas de incendio no tenían caballos. Cuando se producía un siniestro se recurría a los coches de posta: los que poseían mejores animales amarraban los carros-bomba los ejes y los arrastraban.

Las anécdotas del pasado están vivas en su memoria. De pronto recordó:

—Una mañana de 1907 regresábamos del cementerio de Playa Ancha, de poner flores en la tumba de mi abuelo. Vimos a la gente atisbando, tendidas las cabezas. Era frente a los Juzgados, donde estuvo la antigua Superintendencia de Aduanas. Miramos atentamente: un hombre vestido de negro, engrillado, era conducido hacia un carro celular: "¡Mirale —me dijeron—, ése es Dubois!". Era, en efecto, el asesino que sería fusilado en la cárcel porteña, después de hacer su propia defensa, subrayando con énfasis que era inocente de los crímenes de que se le acusaba. Las pruebas, sin embargo, eran concluyentes.

—No me ha dicho por qué empezó a escribir.

—Por la soledad. Sentía la necesidad de expresarme. Los críticos se dividieron: palos y elogios. Perseveré.

Con Rebolledo, fotógrafo de "Zig Zag", llevándole el trípode, estuvo junto a Becker, el asesino, dos horas antes del ajusticiamiento. En otra ocasión conoció al "Huaso Raimundo", "más que bandolero, pato inventado por unos malos policías...".

—Raúl Silva Castro, al comentar su "tragedia de Miguel Orozco", dijo que usted quiso rellenar algunos capítulos que le pareció faltaban a "Un perdido", de Eduardo Barrios. Sonrió y negó:

—Exageraciones. Ese libro de Barrios lo leí después de aquella aseveración. Pero la obra mía que más quiero es "La mala estrella de Perorbo González". De acuerdo con Unamuno, "apreciamos lo que más cuesta". Para conocer de cerca al delincuente, pasé noches enteras en vigilia policial. Soy un convencido de que "el sistema carcelario reprime pero no redime". Conocí los calabozos: estuve en el proceso del Frente de Maipo, y en el primer gobierno de Ibáñez fui perseguido.

Vivió con los grandes. Era la bohemia dorada. La noche tenía sabor a nieblas y sueños. Y el día: "Yo fui siempre empleado, es decir, mi propio mecenas, un sacrificio gustoso para pagar los pecados de la trasnochada".

Nunca le interesaron las capillas. Tal vez pocos como él pintaron la tragedia de los pobres, los desamparados. "Un milagro, Toya", "La tragedia de Miguel Orozco" y "La viuda del conventillo" son hitos notables. Se volvió a Santiago, rumiando recuerdos. Creía en la pluvalia: "Todo llega". Pero los jurados, aunque lo consideraron tantas veces, no le dieron el Premio Nacional de Literatura a Alberto Romero. Murió sin recibirlo, a pesar de merecerlo. Pasó a la historia de las letras de Chile como el gran olvidado.

Januario Espinoza consideró este libro como monumento a la Rota Chilena.

ALBERTO ROMERO

Apuntes sobre el gran olvidado [artículo] Rodolfo Garcés Guzmán.

Libros y documentos

AUTORÍA

Garcés Guzmán, Rodolfo, 1921-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Apuntes sobre el gran olvidado [artículo] Rodolfo Garcés Guzmán.

FUENTE DE INFORMACIÓN

Biblioteca Nacional Digital

INSTITUCIÓN

Biblioteca Nacional

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile